

MAPAS EN
UN ESPEJO



LA NARRATIVA
BREVE DE

ORSON
SCOTT
CARD



Entre 1990 y 1993, Orson Scott Card hizo una recopilación de lo que él consideraba lo más representativo de sus relatos breves desde 1978. Y no sólo eso, sino que, además, escribió un comentario final a cada uno de los cuarenta y seis relatos elegidos, y los agrupó todos en cinco libros que presentó con sus respectivas introducciones, y cuyos subtítulos expresan bien el contenido: «Cuentos de espanto», «Cuentos sobre futuros humanos», «Fábulas y fantasías», «Cuentos sobre la muerte, la esperanza y lo sagrado» (que incluye el relato *El juego de Ender*, germen de una de las más conocidas novelas de Card), y «Los cuentos ocultos».

Así, este libro, *Mapas en un espejo*, ofrece no sólo lo más interesante de la narrativa corta de uno de los más prestigiosos escritores de ciencia ficción y fantasía, sino, con la misma calidad que lo anterior, un muy interesantes acervo de reflexiones acerca de lo que Card considera el oficio de escribir y todo lo que le rodea. Un libro para disfrutar con sus relatos, y para aumentar el disfrute con el relato del autor.

*A Charlie Ben,
que puede volar.*

Proemio

Las ideas para relatos no son propiedad exclusiva de los escritores. Cotidianamente todos vivimos u oímos miles de ideas interesantes. Los escritores sólo son más hábiles en reconocer si tienen potencial para transformarse en relatos.

El verdadero desafío consiste en pasar de la idea al proceso de inventar personajes y ámbitos, estructurar la trama, descubrir la voz narrativa y el punto de vista, y al fin escribirlo todo de un modo que resulte claro y efectivo para el lector. Eso es lo que diferencia a quienes quisieran ser escritores o sueñan con escribir un libro de quienes plasmamos las palabras en el papel y las lanzamos al mundo con la esperanza de hallar un público.

Por lo que recuerdo, he aquí los orígenes de los cuentos de este libro.

LIBRO I - EL CAMBIADO

Cuentos de espanto

INTRODUCCIÓN

No soporto ver películas de horror o suspense en el cine. Lo he intentado, pero no resisto la tensión. La pantalla es demasiado grande, las imágenes demasiado reales. Al final siempre me levanto y acabo marchándome a casa. No puedo soportarlo.

¿Sabéis dónde termino por mirar esas películas? En casa. En la televisión por cable. Esa pantalla pequeña parece mucho más segura. La rodea un paisaje familiar. Y cuando la tensión resulta excesiva, puedo escabullirme, ver reposiciones de *Dick Van Dyke* o *Green Acres* o una floja película de la época de la depresión hasta que me calmo; entonces cambio de canal para ver cómo sigue la otra.

Así fue como vi *Alien* y *Terminator*. Nunca las he visto enteras. Comprendo que así subvierto el arte del cineasta, que es lineal. Pero el mando a distancia de la televisión ha transformado el cine en un arte participativo. Ahora puedo efectuar mi propio montaje de películas que resultan demasiado perturbadoras para mi gusto. Para mí *Arma letal* es mucho más placentera cuando la mezclo con fragmentos de *Wild and Beautiful on Ibiza* y *Life on Earth*.

Lo cual nos lleva a la herramienta más potente de los narradores. El miedo. Y no sólo el miedo, sino el espanto. Hay tres clases de miedo, y el espanto es la primera y la más poderosa. Es esa tensión, ese compás de espera que se produce cuando sabemos que hay algo que temer pero aún no hemos identificado de qué se trata. El miedo que sentimos al descubrir que nuestra esposa lleva una hora de retraso; al oír un ruido extraño en el cuarto del niño, al ad-

vertir que la ventana que habíamos cerrado está abierta, con las cortinas ondeantes, y no hay nadie más en la casa.

Sólo hay *terror* cuando vemos aquello que tememos. El intruso nos ataca con un cuchillo. Los faros de otro coche se nos echan encima a pesar de que estamos en nuestro carril. Los tíos del Ku Klux Klan salen del matorral y uno de ellos trae una soga en la mano. Todos los músculos del cuerpo, excepto los esfínteres, se tensan y nos quedamos tiesos; o gritamos; o corremos. Es un momento de frenesí, de energía desbordante, pero es la energía del aflojamiento, no la energía de la tensión. Por malo que sea, en este sentido es mejor que el espanto. Al menos ahora conocemos el rostro de aquello que tememos. Conocemos sus contornos, sus dimensiones. Sabemos qué podemos esperar.

El *horror* es el más débil de todos. Una vez que ha ocurrido lo que temíamos, vemos sus vestigios, sus reliquias. El cadáver tétrico y despedazado. Las emociones oscilan entre la náusea y la piedad por la víctima. E incluso la piedad está teñida de revulsión y repugnancia; en última instancia rechazamos la escena y le negamos humanidad; con la repetición, el horror pierde su capacidad para conmover, en cierta medida deshumaniza a la víctima y por tanto nos deshumaniza a nosotros. Como aprendieron los *sonderkommandos* de los campos de exterminio, después de ver tantas víctimas desnudas ya no sentimos ganas de llorar ni de vomitar. No nos estremecen. Han dejado de ser personas.

Por eso me deprime que los narradores contemporáneos de cuentos de miedo se hayan volcado casi exclusivamente hacia el horror, apartándose del espanto. Las películas más truculentas no se molestan en crear esa identificación con los personajes necesaria para que el público sienta espanto. Al no haber empatía con la víctima, los momentos de terror dejan de ser aterradores para convertirse en algo fascinante, pues queremos ver qué nuevo e imaginativo método de descuartizamiento han inventado el guionista y

el director. ¡Vaya, un asesinato con espetón! ¡Magnífico, el monstruo ha arrancado el ojo de la víctima desde dentro de la cabeza!

Obsesionados por el deseo de filmar lo imposible, los creadores de películas de horror ahora muestran rutinariamente lo indecible, deshumanizando al público al transformar el sufrimiento humano en un «entretenimiento» cuya intensidad crece hasta alcanzar cotas pornográficas. Esto es desalentador, pero por desgracia muchos autores de relatos de miedo están haciendo lo mismo. No han aprendido la verdadera lección que brinda el éxito de Stephen King. Los relatos de King no funcionan por acumulación de truculencias, sino porque nos identificamos con los personajes antes de que comiencen las escenas truculentas. Y sus mejores libros son novelas como *La zona muerta* y *La danza de la muerte*, donde no hay demasiado horror, sino que están impregnados de un espanto que conduce a momentos catárticos de terror y dolor. Más aún, el sufrimiento que padecen los personajes significa algo.

Éste es el arte del miedo. Lograr que el público se identifique con un personaje al extremo de compartir sus temores. No vemos desde fuera, mirando la viscosidad y las heridas abiertas. Vemos desde dentro, temblando ante los horrores inminentes. Cualquiera puede descuartizar un cadáver ficticio. Sólo un narrador genuino puede inspirarnos la esperanza de que el personaje logre sobrevivir.

No escribo, pues, cuentos de horror. Es verdad que a mis personajes les ocurren cosas malas, a veces terribles. Pero no las muestro en colores chillones. No es necesario. Vosotros, presa del espanto, imaginaréis cosas mucho peores de las que yo podría mostrar.

Euménides en el lavabo del cuarto piso

Vivir en un cuarto piso sin ascensor era parte de su venganza, como para decirle a Alice: «Échame de la casa, si quieres. Viviré en un sórdido inquilinato del Bronx donde cuatro apartamentos comparten el lavabo. Mis camisas quedarán sin planchar, mi corbata estará siempre torcida. *¿Ves lo que me has hecho?*».

Pero cuando le habló a Alice del apartamento, ella sólo rió amargamente y dijo:

—Basta, Howard. No me prestaré a esos juegos. Al final siempre acabas ganando.

Fingió no interesarse más en él, pero Howard no era tonto. Conocía a las personas, sabía qué querían, y Alice lo quería a él. Era su carta de triunfo en esta relación: que ella lo quisiera más de lo que él la quería a ella. Pensaba en esta cuestión a menudo: durante su trabajo en las oficinas de Humboldt & Breinhardt, diseñadores; durante el almuerzo en un tugurio (parte del castigo); en el metro, camino de regreso a su apartamento (Alice se había quedado con el Lincoln Continental). Pensaba en lo mucho que ella lo quería. Pero aún recordaba lo que Alice había dicho el día en que lo echó: «Si te acercas a Rhiannon te mataré».

No recordaba por qué lo había dicho. No recordaba ni intentaba recordar, pues le incomodaba pensar en ello y Howard quería estar cómodo. Otros pasaban horas y días tratando de conciliarse consigo mismos, pero Howard ya estaba conciliado. A sus anchas. Feliz. Estoy bien, estoy bien, estoy bien. A la mierda. «Si dejas que te hagan sentir mal —decía Howard—, te manipulan y pueden dirigir tu vi-

da». Howard manipulaba a los demás, pero los demás nunca manipulaban a Howard.

Aún no era invierno pero hacía un frío del demonio a las tres de la madrugada, cuando Howard regresó de la fiesta de Stu. Una fiesta indispensable si querías progresar en Humboldt & Breindhardt. La fea esposa de Stu intentaba ser seductora, pero Howard se hizo el inocente y la puso tan incómoda que al final ella desistió. Howard estaba alerta a los chismes oficinescos y sabía que muchos se habían ido de la compañía prematuramente porque los habían sorprendido, como quien dice, con los pantalones en los tobillos. Claro que los pantalones de Howard no eran una barrera impenetrable. Llevó a Dolores al dormitorio y la acusó de estropearle la vida.

—Son esos pequeños detalles —insistió—. Sé que no es tu intención, pero tienes que detenerte.

—¿Qué detalles? —preguntó Dolores, incrédula pero incómoda (pues tenía la franca intención de hacer felices a los demás).

—Sabes cuánto me gustas.

—No. Jamás... nunca se me había ocurrido.

Howard aparentó timidez, confusión. No sentía ninguna de ambas cosas.

—Pues entonces... bien, entonces, yo... me equivocaba. Lo siento. Creía que lo hacías adrede.

—¿Que hacía qué?

—Despreciarme... no importa, parezco un adolescente, pequeñas cosas... Demonios, Dolores, estaba enamorado como un chiquillo tonto...

—Howard, ni siquiera sabía que te estaba haciendo sufrir.

—Dios, qué insensible —dijo Howard, con tono lastimero.

—Oh, Howard, ¿tanto significado para ti?

Howard gimoteó ambiguamente. Dolores se sintió mal, dispuesta a cualquier cosa con tal de recobrar la tranquili-

dad de conciencia. Se sintió tan mal que pasaron una grata media hora tratando de enderezar las cosas. En la oficina nadie había podido conquistar a Dolores. Pero Howard podía conquistar a cualquiera.

Subió la escalera del apartamento sintiéndose muy satisfecho de sí mismo. «No te necesito, Alice —se dijo—. No necesito a nadie, y no tengo a nadie». Aún murmuraba esta cantinela cuando entró en el cuarto de baño compartido y encendió la luz.

Oyó un gorgoteo en el lavabo, un siseo. ¿Alguien estaba allí con la luz apagada? Howard fue al lavabo y no vio a nadie. Miró con mayor atención y vio un bebé de dos meses flotando en el inodoro. La nariz y los ojos asomaban apenas por encima del agua; parecía aterrado, con las piernas, las caderas y el vientre metidos en el tubo. Habían tratado de ahogarlo. Era inconcebible que alguien fuera tan cretino como para creer que el bebé pasaría por el tubo.

Por un momento pensó en dejarlo allí. Típica tentación de gran ciudad, no entrometerse aunque esto implicara una atrocidad. Salvar al bebé supondría inconvenientes, llamar a la policía, cuidar del crío en el apartamento, titulares en los periódicos, una noche presentando declaraciones. Howard estaba cansado. Howard quería acostarse.

Pero recordó las palabras de Alice: «Ni siquiera eres humano, Howard. Eres un monstruo egoísta». «No soy un monstruo», respondió en silencio, y tendió las manos para sacar al niño.

El bebé estaba atascado. El que había intentado matarlo lo había introducido con fuerza. Howard sintió un arrebatto de franca indignación al pensar que alguien quisiera solucionar sus problemas matando a un inocente. Pero Howard no quería pensar en crímenes contra los inocentes, y además pronto tuvo otras preocupaciones.

Cuando el niño le cogió el brazo, Howard advirtió que tenía los dedos fusionados en aletas de hueso y piel. Pero las aletas le aferraron los brazos con insólita fuerza cuando

Howard, hundiendo ambas manos en la taza del inodoro, trató de liberarlo.

El niño se desprendió con un ruido de succión y el agua retrocedió. Las piernas también estaban fusionadas en una sola extremidad cuya punta era espantosamente sinuosa. El niño era varón; los genitales, más grandes de lo normal, estaban inclinados hacia un lado. Y en vez de pies había dos aletas más, y cerca de la punta había manchas rojas que parecían llagas putrefactas. El niño sollozó, un maullido salvaje que le recordó a un perro que Howard había visto en sus estertores de agonía. (Howard se negó a recordar que él mismo había matado al perro arrojándolo a la calle frente a un coche, sólo para ver cómo se desviaba el conductor; el conductor no se desvió).

«Incluso los deformes tienen derecho a la vida», pensó Howard, pero ahora, al coger al niño en brazos, sintió una revulsión que se tradujo en compasión por quienes habían intentado matar a la criatura, probablemente los padres. El niño alzó los brazos, y al desprenderse las aletas Howard sintió un dolor agudo y quemante que pronto se transformó en suplicio, pues estaba expuesto al aire. El brazo se le pobló de enormes llagas purulentas y sanguinolentas.

Howard tardó un instante en asociar las llagas con el bebé, que ya le apretaba las aletas de las piernas contra el vientre y las aletas de los brazos contra el pecho.

Las llagas del niño no eran llagas, sino potentes dispositivos de succión que se adherían con fuerza, arrancando la piel cuando se rompía el contacto. Trató de zafarse del niño, pero en cuanto se liberaba de una aleta ésta se adhería a otra parte, mientras Howard forcejeaba para liberarse de otra.

Lo que comenzó como un acto de caridad se había transformado en una lucha desaforada. Howard comprendió que no era un niño. Los niños no se aferraban con tal fuerza y la criatura tenía dientes que le lanzaban mordiscos a las manos y los brazos. Un rostro humano, pero no un ser

humano. Howard se lanzó contra la pared, con la esperanza de aturdirlo para que cayera. La criatura se aferró con más fuerza y las llagas arreciaron su ataque. Al fin Howard logró arrancársela golpeándola contra el borde de la taza. Cayó al suelo y Howard retrocedió de prisa, inflamado por el dolor de una veintena de heridas.

Tenía que ser una pesadilla. En medio de la noche, en un cuarto de baño iluminado por una sola bombilla, con un remedo de humanidad contorsionándose en el suelo, Howard no podía creer que esto tuviera alguna realidad.

¿Sería una mutación que había logrado sobrevivir? Pero la criatura tenía más determinación y más dominio corporal que un bebé humano. Reptaba por el suelo mientras Howard, presa del dolor, observaba con pánico e indecisión. El bebé llegó a la pared y alzó una aleta. La succión lo sostuvo y el bebé comenzó a trepar. Mientras trepaba defecó, dejando una estela babosa y verde en la pared. Howard miró ese hilillo viscoso, se miró las llagas purulentas de los brazos.

¿Y si ese animal, o lo que fuera, no moría de su espantosa deformidad? ¿Y si vivía? ¿Y si lo encontraban, lo llevaban a un hospital, lo cuidaban? ¿Y si llegaba a adulto?

La criatura llegó al techo y giró, aferrándose al yeso, sin caer mientras se deslizaba cabeza abajo hacia la bombilla.

La cosa trataba de ponerse encima de Howard y los excrementos aún goteaban. La repulsión venció al miedo: Howard alzó los brazos, cogió al bebé por la espalda y, valiéndose de todo su peso, lo arrancó del techo. El bebé se contorsionó tratando de acercarle las ventosas, pero Howard resistió con todas sus fuerzas y logró encajarla de cabeza en la taza del inodoro. Lo sostuvo hasta que dejó de burbujear y se puso morado. Luego fue a su apartamento a buscar un cuchillo. Esa criatura tenía que desaparecer de la faz de la Tierra. Tenía que morir, y no debía quedar ningún indicio de que Howard la había matado.

Pronto encontró el cuchillo, pero se quedó unos instantes más para ponerse algo en las llagas. Sentía un ardor espantoso, pero pronto se le calmó. Se quitó la camisa, vaciló, se quitó toda la ropa, se puso la bata de baño y llevó una toalla. No quería mancharse la ropa de sangre.

Pero cuando llegó al lavabo, el niño no estaba en la taza. Howard se alarmó. ¿Alguien lo había descubierto ahogándose? ¿Alguien le había visto abandonar el cuarto de baño o, peor aún, regresar con el cuchillo? Miró alrededor. No había nada. Regresó al pasillo. Nadie.

Se quedó un instante en la puerta, preguntándose qué había ocurrido.

Un bulto le cayó sobre la cabeza y los hombros y las ventosas le rozaron la cara y la cabeza. Casi gritó, pero no quería despertar a nadie. El niño no se había ahogado, sino que se las había ingeniado para salir del inodoro y había aguardado su regreso encima de la puerta.

Una vez más forcejearon, y una vez más Howard se zafó de las aletas con ayuda de la taza, aunque esta vez le costó moverse porque tenía el niño encima y detrás. Fue una tarea extenuante. Tuvo que dejar el cuchillo para usar ambas manos, y cuando logró arrojar al niño al suelo sentía el ardor espantoso de otra docena de llagas. Como el niño estaba de bruces, Howard pudo cogerlo por detrás. Le aferró la nuca con una mano y empuñó el cuchillo con la otra. Lo llevó a la taza del váter.

Tuvo que hacer correr el agua dos veces para que se llevara la sangre y el pus. Howard se preguntó si el chico padecía una enfermedad. El fluido blanco era tan espeso y tan abundante como la sangre. Luego hizo correr el agua siete veces más para que arrastrase los trozos de la criatura. Aun después de la muerte, las ventosas se adherían con firmeza a la porcelana. Howard las desprendió con el cuchillo.

El niño desapareció al fin. Howard jadeaba de agotamiento, asqueado por la pestilencia y por el horror de lo que había hecho. Recordó el tufo de las tripas del perro

arrollado por el coche y vomitó todo lo que había comido en la fiesta. Se sintió más limpio, purgado de esa fiesta; se dio una ducha, se sintió aún más limpio. Luego examinó el cuarto de baño para asegurarse de que no quedaban rastros de la lucha.

Se fue a acostar.

Le costó conciliar el sueño. Estaba demasiado nervioso. No podía quitarse de la cabeza que había cometido un asesinato (asesinato no, sólo la eliminación de algo demasiado inmundo para vivir). Trató de pensar en otras cosas. Proyectos laborales: pero los diseños siempre mostraban aletas. Sus hijos: pero los rostros se transformaban en el semblante feroz del monstruo escurridizo que acababa de matar. Alice: ah, pero pensar en Alice era peor que recordar a la criatura.

Cuando se durmió, soñó con su padre, quien había fallecido cuando él tenía diez años. Howard no evocó sus recuerdos habituales. No hubo largos paseos con su padre, ni partidos de baloncesto, ni excursiones de pesca. Esas cosas habían sucedido, pero esa noche, después de la lucha con el monstruo, Howard recordó cosas más tenebrosas que durante mucho tiempo había logrado ocultarse a sí mismo.

—No podemos comprarte una bicicleta de diez velocidades, Howie. No hasta que termine la huelga.

—Lo sé, papá. No puedes evitarlo. —Gesto valeroso—. No me importa. Cuando todos los chicos salgan a pasear en bici después de la escuela, me quedaré en casa a terminar los deberes.

—Hay muchos chicos que no tienen bicicletas de diez velocidades, Howie.

Howie —el pequeño Howard— se encogió de hombros y apartó los ojos para ocultar las lágrimas.

—Claro, muchos. Oye, papá, no te preocupes por mí. Howie sabe cuidar de sí mismo.

Vaya coraje. Vaya fortaleza. Le regalaron una bicicleta de diez velocidades al cabo de una semana. En el sueño,